

SOBRE EL COMBATE ESPIRITUAL

ASPECTOS BÁSICOS

PARA EL COMBATE ESPIRITUAL.....2

- **Combate contra el primer enemigo: el mundo.....3**
- **Combate contra el segundo enemigo: la carne.10**
- **Combate contra el tercer enemigo: el Diablo.13**

EL COMBATE EN LO QUE ESCUCHAMOS,

HABLAMOS Y MIRAMOS.....18

- **El combate en lo que escuchamos.....19**
- **El combate en lo que hablamos.....21**
- **El combate en lo que miramos.....24**

EL DISCERNIMIENTO DE LOS ESPÍRITUS.....28

ASPECTOS BÁSICOS PARA EL COMBATE ESPIRITUAL

Cada cristiano está inmerso en un combate espiritual, independientemente de si lo enfrenta de forma consciente o no. Si se acepta el reto a este combate y se lo enfrenta con el auxilio divino, entonces la vida transcurre en gran vigilancia.

A los antiguos monjes, particularmente a San Antonio Abad, se los identificaba como combatientes que, retirados en el desierto, renunciaban a las seducciones del mundo, de la carne y del Diablo, enfrentando arduas luchas en medio de su soledad. Si entendemos a la Iglesia como un Cuerpo, entonces queda claro que estas luchas no solo servían para el bien espiritual de quien las superaba, sino que los monjes combatían al servicio de la Iglesia entera y – por qué no decirlo- para el bien de toda la humanidad.

Si nos referimos al ,combate‘ en un sentido más amplio, pronto caeremos en cuenta de que está presente en toda parte y a toda hora. Se trata de nada menos que la lucha existente entre luz y tiniebla; entre mentira y verdad; entre el Señor y sus adversarios. ¡Y se pelea por las almas de las personas! Efectivamente el hombre tiene dos opciones: o se abre a Dios para llevar una vida conforme a sus mandatos, obteniendo al final de su vida terrena el premio de estar eternamente unido a Él; o se rebela contra Dios en el pecado, permanece encerrado en este estado, y al final, en el peor de los casos, queda excluido para siempre del Reino

de los Cielos.

Dios, por supuesto, sabe lo que puede pedir de cada persona. Ciertamente habrán unos que estén llamados a desempeñar una tarea especial en este combate; pero a todos, sin excepción, les ha sido encomendada una lucha, del mismo modo como a todos nos toca padecer las consecuencias de haber perdido el Paraíso y de estar inmersos en un mundo que se ha apartado de Dios. ¡Precisamente este mundo se convierte en nuestro campo de batalla! Estamos llamados a colaborar en el Reino de Dios y a tomar nuestro sitio en él. ¡Quien no combate, de antemano ha perdido!

A continuación, queremos reflexionar en mayor profundidad sobre algunos aspectos del combate espiritual y proporcionar consejos acerca de cómo podemos resistir en él, estando siempre conscientes de que la fuerza de Dios es nuestra fuerza.

Combate contra el primer enemigo: el mundo

La Sagrada Escritura nos da claras indicaciones acerca de cómo hemos de actuar frente al mundo. Sus advertencias al respecto son fuertes:

“No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo cuanto hay en el mundo –la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas—no viene del Padre sino del mundo” (1 Jn 2,15-16)

“Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero el mundo os odia porque no sois del mundo, pues yo, al elegiros, os he sacado del mundo” (Jn 15,18-19)

Por otro lado, la Escritura también nos hace esta aclaración: *“Dios no envió al Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que se salve el mundo gracias a él.” (Jn 3,17)*

Vivimos, pues, en una constante tensión: por un lado, no somos de este mundo (cf. Jn 17,16); pero, por otro lado, hemos sido enviados por Dios a este mundo con una tarea, que nos hace partícipes de la misión de Nuestro Señor como Salvador del mundo.

Teniendo presentes estos dos aspectos, nuestro trato con el mundo se convierte en una oportunidad para madurar espiritualmente y, ciertamente, también en un constante combate. Debemos tener muy en claro que el mundo, en su dimensión negativa, se encuentra bajo el dominio del príncipe de este mundo, quien intenta arrastrar a los hombres hacia su propio destierro. No en vano el Diablo ofreció a Jesús los Reinos de este mundo, con la condición de que Él se postrara y lo adorara (cf. Mt 4, 8-9).

El mundo caído ejerce, entonces, una fuerza de atracción, a través de la cual quiere someternos a sus valores, de modo que solo aspiremos obtenerlos. Esto no significa que todos los valores del mundo sean negativos. Pero, siendo así que el mundo caído no nos señala a Dios, de quien procede todo auténtico valor, sino que quiere captar toda nuestra

atención, está colocándose él mismo como nuestra meta. Realmente sucede lo que está escrito en la Carta de San Juan: el amor a Dios y el amor al mundo no se pueden juntar; están en frontal oposición.

La lucha consiste, entonces, en vivir en este mundo sin dejarse contagiar de sus aspiraciones frecuentemente contrarias a Dios, sin instalarse en él, sin sentirse en casa en él. Para ello es importante mantener una cierta distancia con los procesos que ocurren en el mundo, evaluando con espíritu de discernimiento hasta qué punto podemos apoyarlos y participar en ellos.

Esta capacidad de discernir procede de la relación con Dios. Cuanto más íntima sea la relación con Él, tanto más rápidamente podremos notar cuándo el trato con el mundo nos está debilitando, apartándonos de Dios y conduciéndonos a la superficialidad. También es necesario el conocimiento de sí mismo, pues cuando nos hemos enfocado mucho en cosas mundanas y superficiales, normalmente la consecuencia es que se percibe un vacío interior en el alma. Lo mismo sucede también cuando nos hemos entretenido mucho en el mundo de los medios de comunicación, que en general están bastante lejos de Dios.

El mundo se mueve a gran velocidad y la técnica moderna le da todas las posibilidades de llegar constantemente a las personas, de entretenerlas y, por supuesto, también de manipularlas, sin dejarles tiempo para reflexionar. Pero, puesto que la técnica no es mala en sí misma, sino que puede servirnos -por ejemplo- para el Reino de Dios, es tanto más importante que no nos dejemos definir por ella.

Una y otra vez llegamos a un punto en que tenemos la necesidad de crear un espacio para Dios, que algunos han llamado la “celda del monje” en nuestro interior. Podemos ingresar en esta celda interior y percibir la presencia de Dios, dirigiéndonos siempre de nuevo hacia Él, para poder resistir en este combate por nuestra alma. Las constantes ofertas que nos presenta el mundo ejercen una atracción a la que debemos resistir conscientemente.

Pero aún más importante que resistir a las atracciones del mundo y no aspirar sus valores, es no asumir el modo de pensar del mundo. En nuestro alrededor, estamos en constante contacto con esta mentalidad, un pensamiento que no sólo es superficial sino que además es contrario a la voluntad de Dios. La constante transmisión de este modo de pensar a través de los medios de comunicación y de nuestro entorno -quizá incluso de nuestro propio círculo familiar-, nos exige una gran vigilancia, para no dejarnos infectar por él. Un falso modo de pensar puede penetrar con facilidad en nosotros, si no estamos protegidos por muros interiores.

Por eso es necesario evaluar si verdaderamente deberíamos participar en tal conversación o acudir a tal evento, que quizá termine yendo por una dirección contraria a Dios, sin que nosotros podamos intervenir en esta situación. Tal vez no sea necesaria nuestra presencia allí.

Pero si existen otras razones de cortesía u otras circunstancias que hagan oportuna nuestra presencia, entonces deberíamos retirarnos a nuestra celda interior a

través de la oración y cerrar nuestro espíritu a los malos contenidos que se presenten, quizá rezar precisamente por las personas que están diciendo cosas que se oponen a la verdad. Conviene también estar atentos si se dicen cosas contra la fe para al menos expresar nuestro desacuerdo.

¿Cómo podemos -como cristianos- cumplir con la tarea que tenemos en el mundo, sin dejarnos influenciar por él de tal forma que nuestro testimonio se debilite y la fuerza del Evangelio disminuya?

Es correcta la actitud de no permanecer solamente “a la defensiva”. Hemos de dirigirnos al mundo en el Espíritu de Dios, pues el Evangelio debe ser anunciado a las personas. A partir del Concilio Vaticano II la Iglesia se dirigió al mundo con mucha apertura y se multiplicaron los esfuerzos para estar verdaderamente presentes en él como católicos. De manera particular se trató de rescatar los elementos positivos del mundo moderno, dándoles el valor que les corresponde. Estos elementos también pueden servir como punto de partida en el anuncio del evangelio. Por ejemplo, uno de los decretos del Concilio Vaticano II, titulado *Inter Mirifica*, alaba los medios de comunicación cuando éstos son utilizados rectamente, y reconoce en ellos también una posibilidad para propagar el evangelio.

Ahora bien, para que este impulso de apertura al mundo pueda verdaderamente dar fruto, se requiere de un auténtico espíritu de discernimiento y de estar profundamente arraigados en la vida de la fe. No se puede subestimar el riesgo que corre la Iglesia con su apertura al mundo, pues -con justa razón- se ha temido su

“mundanización”. Por ello es importante no encontrarse con el mundo con un exagerado optimismo, sin evaluar críticamente la situación. Más bien la apertura al mundo debe darse como fruto del actuar del Espíritu. Hay que observar y comprender al mundo con una mirada sobrenatural, desde la perspectiva de Dios; no sea que con su fascinación termine influenciándonos a nosotros.

Para encontrarse de forma adecuada con las personas, hace falta la libertad de nuestra parte; una libertad que deberíamos haber adquirido en cierto grado por el distanciamiento interior del mundo. En nuestro encuentro con el mundo, siempre debemos tener presente que el Evangelio debe ser sembrado y arraigado en él. Hoy en la Iglesia se habla mucho de la necesidad de la “inculturación”. Este concepto se refiere a que el Evangelio ha de ser plantado en cada cultura, de tal forma que aquellos que pertenecen a esa cultura puedan comprender y vivirlo mejor. Por eso, según se dice, los misioneros deben estudiar detalladamente la cultura antes de llevarle el anuncio.

Esta ‘inculturación’ es un impulso valioso y acertado. Sin embargo, no se puede llegar al punto de asumir prácticas de aquella cultura y de su religión, que opaquen y disminuyan el mensaje del Evangelio. Si se observan algunos intentos de misión, se puede comprobar que no todos los misioneros supieron evadir ese peligro. Podemos mencionar como ejemplo lo que ha sucedido frecuentemente en los intentos de evangelización de las culturas asiáticas. Muchos misioneros empezaron a integrar en la fe católica técnicas de meditación propias de

esas culturas (como el Zen, que procede del budismo), como si no existiera contradicción alguna entre lo uno y lo otro.

Los criterios que son válidos con respecto a la evangelización de los pueblos de la Tierra, son los mismos que podemos aplicar en la 're-evangelización' o 'nueva evangelización' del mundo. Para un auténtico anuncio, siempre será esencial la colaboración con el Espíritu Santo. ¡Él es el primer evangelizador! Él nos dará también la luz para discernir lo justo y apropiado en cada situación. Para poder escuchar mejor su voz es absolutamente indispensable cultivar nuestra vida espiritual, pues el Espíritu de Dios no es el mismo que el espíritu del mundo.

Por eso nunca se puede convertir en prioridad para los cristianos el apoyo y la promoción del desarrollo de este mundo, aunque esto de ninguna manera sea malo, si se lo realiza en el adecuado equilibrio. Es correcto descubrir lo bueno que hay en el mundo, darle nuestro beneplácito y promoverlo. Pero el Espíritu de Dios nos llevará más allá, dándonos una mirada sobrenatural sobre los acontecimientos de este mundo, para no dirigirnos a él sin crítica alguna, como si todo lo que en él sucede estaría bien. El Espíritu Santo nos indicará, dentro de nuestro servicio al mundo, el momento en que hemos de retirarnos para entrar en nuestra celda interior, buscando la cercanía de Dios en la oración. Él nos preservará de adaptarnos de tal forma al mundo que empecemos a pensar y a actuar también como el mundo lo hace.

Si actuamos en el mundo por encargo del Señor, con el fin de anunciarle el evangelio, entonces su gracia nos asistirá, de modo que podamos realizar nuestra tarea con valentía, sin miedos y con la debida precaución. Y para que esta gracia no deje de actuar hemos de estar vigilantes, discerniendo cada situación y actuando movidos por el Espíritu.

Combate contra el segundo enemigo: la carne

Aún más difícil que la lucha contra el mundo, sin dejarse contaminar por él, es la lucha contra el propio ,yo‘, contra las apetencias de nuestra naturaleza humana caída.

Tanto la Sagrada Escritura, como la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, nos enseñan que estamos inclinados al mal. Si no nos educamos a nosotros mismos y no nos dejamos formar por Dios, las inclinaciones de nuestra naturaleza triunfarán, teniendo siempre como meta la satisfacción del propio ,yo‘.

El Apóstol Santiago nos presenta este problema de forma drástica: “*¿De dónde proceden las guerras y contiendas que hay entre vosotros, sino de los deseos de placer que luchan en vuestros miembros? ¿Codiciáis y no poseéis? Pues matáis. ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Pues combatís y hacéis la guerra.*” (St 4,1-2)

En otros textos ya hemos reflexionado acerca de que lo malo procede de nuestro corazón, y de que este corazón ha de ser purificado e iluminado por el Espíritu Santo. Pero, al

mismo tiempo, estamos llamados también a combatir, para ofrecer resistencia a nuestras malas inclinaciones. Para ello necesitamos un sincero conocimiento de nosotros mismos, pues éste nos indicará cuando hemos cedido ante nuestras inclinaciones e incluso nos advertirá cuando estemos a punto de hacerlo.

La lucha consiste en movernos con nuestra voluntad en la dirección que agrada a Dios. Esto puede significar un enorme esfuerzo junto con el auxilio de Dios, por ejemplo, si se trata de fuertes tentaciones carnales. La oración suplicante, la invocación del Espíritu Santo, el dirigirse a la Madre de Dios... ¡todo esto será de gran ayuda!

Sin embargo, la lucha contra nuestra naturaleza humana no se trata solamente de enfrentar tentaciones e inclinaciones fuertes, sino que se refiere también a las cosas más pequeñas, que irán ganando terreno si no les hacemos frente.

Hablemos, por ejemplo, de aquello que los Padres del desierto llamaron „acedia“. La acedia es un desgano y una pereza para obrar el bien. Hemos de esforzarnos sinceramente en deshacernos de ella, y esto implica una lucha. En la vida espiritual existe un término para designar esta lucha: la ascética. La ascética tiene como fin el recuperar, con la ayuda de Dios, el dominio sobre sí mismo, es decir, sobre las propias inclinaciones. Esto tiene que suceder; de lo contrario, nuestras inclinaciones nos dominarán.

En este punto, conviene tener presente que, como

consecuencia del pecado original, fuimos debilitados en nuestra voluntad, de modo que fácilmente las malas inclinaciones nos dominan. La ascética significa fortalecer, en el Espíritu de Dios, nuestra voluntad, para que sea ella quien domine las inclinaciones.

Si aceptamos conscientemente el reto a este combate, entonces nos fortalecemos con cada pequeña victoria, con cada negación de nosotros mismos,. Dios nos ha puesto en esta batalla para hacernos más fuertes y para que recuperemos nuestro orden interior tal como debería ser.

Aunque probablemente no consigamos el dominio total sobre nuestras inclinaciones y pasiones, sí podemos recuperarlo cada vez más. Es evidente que, teniendo bajo control nuestra rebelión interior y nuestra propia voluntad, podremos cumplir con más facilidad la voluntad de Dios. La ascética aumenta nuestra vigilancia, nos saca del letargo y no permite que las malas inclinaciones se adueñen de nuestra vida. Así, pues, la ascética nos abre a la guía del Espíritu Santo.

Aceptar el reto a combatir ennoblece nuestra naturaleza humana e impide que nos dejemos llevar por cada viento, para aferrarnos más bien al Señor.

Combate contra el tercer enemigo:

el Diablo

“Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe.” (1 Pe 5,8-9)

La comparación con un león rugiente nos deja en claro que, en este combate, nos enfrentamos a un terrible enemigo. Éste está dispuesto a todo y acecha cuidadosa y agresivamente a su víctima. Para colmo de males, este rival no se atiene de ningún modo a las “reglas” del combate. No conoce la compasión y nunca será indulgente con su víctima. ¡El Diablo es malvado de pies a cabeza! Sus intenciones son la destrucción y la conquista de poder para sí mismo. Con tal de llegar a su meta, hace uso de cualquier medio del que dispone. Si le fuera posible, ejercería su poder despótico sobre toda la Tierra sin límite alguno... Pero hubo uno más fuerte, que lo ató (cf. Mc 3,27).

¿Cómo pudo Dios permitir la existencia de un ser tan malvado, que ahora, lleno de odio, persigue al hombre por doquier?

El Diablo había sido creado como un magnífico ángel que, al igual que todos los demás ángeles, estaba al servicio de Dios. El Señor había provisto a todas sus criaturas racionales de una libre voluntad, pues estaban llamadas a reflejar Su gloria. Dios quería que existiese un verdadero amor entre Él y sus criaturas. Y para que este amor sea verdadero, tenía que ser libre. Sin embargo, de la libertad que Dios da también se puede abusar. ¡Y esto fue lo que hizo el Diablo! En lugar de servir a Dios, quiso él mismo

reinar, de manera que se rebeló contra Dios. Él y los demás ángeles rebeldes rechazaron irrevocablemente a Dios y a su Reino. Ahora, el Diablo actúa en la Tierra, movido por el odio, para luchar contra Dios y su Hijo Jesús. Causa terribles daños espirituales e incluso físicos en las personas y en la sociedad. El Diablo es poderoso porque es espíritu puro. Sin embargo, no es omnipotente, porque es criatura.

Dios permite el actuar del Diablo y hasta lo incluye en su plan de salvación. Algo similar sucede con el pecado: el hombre peca porque abusa de su libertad, pero Dios sabe insertar este mal en su plan de salvación, a pesar de toda su fuerza destructiva. Frecuentemente ignoramos cómo exactamente lo hace, pero la fe nos enseña esta verdad.

Hemos sido enrolados en este combate y a veces nos vemos directamente confrontados con el Diablo. Él quiere robarnos la gracia de la filiación divina y hacernos parte de su rebelión contra Dios.

Sin el auxilio de Dios, estaríamos indefensos, a merced del poder del Diablo; sin embargo, si el Espíritu Santo actúa en nosotros, podemos triunfar sobre él. Jesús ha quebrantado el dominio de Satanás y nosotros tenemos parte en esta victoria, que ha de extenderse sobre toda la Tierra y en cada alma humana. Podemos expresarlo en estos términos: El Señor vence en nosotros y con nosotros sobre el poder del Maligno.

El Diablo intenta aliarse con los otros dos enemigos de los que ya hemos hablado (el mundo apartado de Dios y la carne, es decir, nuestras inclinaciones desordenadas al

mal). Pero también ataca directamente al hombre, sobre todo a través de malos pensamientos y sentimientos. Sus intenciones son siempre las mismas, sea que nos ataque de forma directa o indirecta: quiere llevar al hombre al pecado; o, si se trata de alguien que se esfuerza en su propia santificación, procurará al menos ponerle obstáculos en ese camino.

Por supuesto que estos ataques nos ponen en una situación difícil; sin embargo, cuando Dios permite algo, lo hace en su infinita sabiduría, aunque nos resulte doloroso sobrellevarlo.

Como se trata de un combate espiritual, también hemos de enfrentarnos de forma espiritual a este enemigo. Para ello, el capítulo 6 de la carta a los Efesios nos da excelentes consejos:

“Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneros firmes. ¡En pie!, pues; ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz, embrazando siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y

súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos.” (Ef 6,10-18)

¡Será muy importante que aceptemos de forma consciente el reto a combatir contra el Diablo! Esto no significa, de ninguna manera, que debemos prestarle mucha atención al demonio. Basta con conocer su existencia, identificar sus propósitos y saber cómo defendernos de sus astutos ataques.

Si nos tomamos en serio el combate, nos acercará cada vez más a Dios, pues con nuestras propias fuerzas no podremos ofrecer resistencia a este enemigo. Pero si nos revestimos con la armadura descrita por San Pablo, aumentará, por un lado nuestra vigilancia, y, por otro lado, nos arraigaremos más en la fe.

“Ceñirnos con la verdad” significa vivir conforme a la Voluntad de Dios, seguir a su Hijo y ser sinceros con nosotros mismos y con los demás; es decir, vivir en una auténtica justicia. ¡Los dardos del Maligno difícilmente podrán atravesar esta coraza!

También perderá terreno el Diablo si luchamos por el Evangelio, si otras personas encuentran la fe movidas por nuestro testimonio. El “escudo de la fe” –esto es, aferrarse a Dios y a todo lo que Él nos ha revelado como verdad- nos protegerá de los malos pensamientos, que son como saetas envenenadas.

Armémonos también con la Palabra de Dios, la “espada del Espíritu”, que separa la verdad de la mentira, y es la luz en

los oscuros senderos que atravesamos, haciendo retroceder a las tinieblas de los ángeles caídos.

Todo esto nos da una idea del modo en que Dios se vale de la maldad de nuestro enemigo para el bien de sus fieles. ¡Estamos llamados a resistir y acrecentar así nuestra fe! Aún más, el Señor vence a través de los suyos sobre el poder del Maligno en la Tierra, pues su Reino ha de extenderse y el Diablo pone trabas a esta expansión. Tenemos entonces el “honor” -para decirlo en los términos bélicos aplicados a la dimensión espiritual- de combatir en el ejército de Dios como soldados de la luz. De nuestro lado están los ángeles que permanecieron fieles, los santos del cielo e incluso el ejército de las benditas almas del purgatorio. ¡Todos ellos intercederán por nosotros!

Vivamos nuestra fe de forma consciente y crezcamos cada día en el amor, cumpliendo con lo que Dios nos pide y uniendo nuestros sufrimientos a los de Cristo. Levantémonos después de cada derrota, confiando en la misericordia de Dios. ¡Así, con Su gracia, podremos salir victoriosos en este combate!

Dios está a toda hora junto a nosotros y siempre acude a ayudarnos. Pero Él desea que también nosotros hagamos nuestra parte, demostrándole así nuestro amor y nuestra fidelidad.

EL COMBATE EN LO QUE ESCUCHAMOS,

HABLAMOS Y MIRAMOS

San Antonio Abad, uno de los padres del desierto, abandonó el mundo por causa de Cristo. En el tercer siglo, vivió durante mucho tiempo en el desierto de Libia. La fama de su sabiduría se extendió, y muchas personas venían a buscarlo, a pesar de que él había optado por la soledad.

Pero es que las personas buscan orientación, y si se sabe de alguien que ha ganado experiencia en su camino espiritual, entonces acudirán a él los que buscan a Dios, para dejarse instruir. Así, se formó una especie de comunidad eremítica alrededor de San Antonio, en la que se trataba de luchar, a través del trabajo y la constante oración, contra las tentaciones y contra esas fuerzas del mal de las que habla la Carta a los Efesios (cf. Ef 6,10-18).

Y de hecho, cada vez que rechazamos una tentación, los demonios sufren una derrota en su intento de apartar a los hombres de su camino con Dios. Sus ataques no son siempre directos, a través de malos pensamientos, sentimientos u otros. A los demonios también les gusta esconderse detrás de las atracciones de este mundo o de las debilidades de nuestra carne, para así llevar a cabo sus planes oscuros.

San Antonio nos dejó este valioso texto, que él mismo puso en práctica en su vida:

“El que está sentado en el desierto y procura tener el corazón calmado, ha quedado a salvo de tres combates: el de la escucha,

el del habla y el de la vista. Sólo le queda un combate por librar: la lucha contra la impureza.”

Nosotros no estamos a salvo de los tres primeros combates que menciona San Antonio, a menos que alguno realmente viva en el desierto. Entonces, no sólo nos corresponde luchar contra la impureza; sino también contra lo que escuchamos, lo que hablamos y lo que miramos. Meditemos, uno tras otro, estos tres aspectos.

El combate en lo que escuchamos

¿A qué le prestamos nuestra atención? ¡Cuán difícil nos resulta escuchar atentamente la Palabra de Dios, o asimilar los contenidos espirituales! En cambio, fácilmente nos dejamos atrapar e influenciar por habladurías superficiales y pasajeras. En el tiempo actual, que San Antonio no conocía todavía, parece haber una destrucción sistemática del silencio, a causa de los constantes entretenimientos e informaciones que se ofrecen. Gracias a los celulares, se ha hecho posible hablar por teléfono en cualquier parte. Todos están accesibles a toda hora, e incluso nos vemos forzadamente incluidos las conversaciones de otras personas, que no tienen nada que ver con nosotros.

¿Y en qué consiste el trabajo de los demonios en este campo?

Si Dios puede hablar a los hombres y darse a conocer con más facilidad en el silencio, entonces habrá que hacer todo lo posible por aniquilar sistemáticamente el silencio.

Nuestros oídos deben recibir todo tipo de información, excepto el evangelio y todo lo relacionado con él. Nuestra tendencia a la dispersión, que es producto de nuestra naturaleza caída, debe ser fomentada aún más, para que de ninguna manera entremos en el silencio.

Este plan lo ponen en marcha aquellos poderes que buscan apartarnos del camino de Dios, o que, al menos, procuran hacérselo más difícil.

¡Debemos entrar conscientemente en este combate! Será necesario luchar, si queremos cerrar nuestros oídos para lo innecesario o lo perjudicial, y para que se abran a la Palabra del Señor.

Para ello, se requiere disciplina en el manejo de las fuentes de información, especialmente el internet, que está a toda hora disponible. Deberíamos dedicarle sólo ciertos espacios de tiempo, que nosotros mismos debemos determinar, sabiendo con qué fin lo vamos a emplear. En este punto, hemos de estar vigilantes, pues no nos damos cuenta de la enorme seducción que pueden ejercer sobre nosotros estas fuentes de información, como por ejemplo los *smartphones*. Se han convertido en acompañantes permanentes, se han vuelto “miembros ilegítimos de la familia”, y puede llegar hasta el punto en que casi toda la comunicación fluye por este medio. ¡Y es difícil darse cuenta, porque nos hemos acostumbrado!

Más importante que esto, es tomarse tiempo para el silencio y para retirarse, y frecuentar estas prácticas, huyendo así de la constante escucha.

Entonces, nosotros mismos debemos decidir qué es lo que escuchamos y qué es lo que no queremos escuchar. Para ello, también será necesario superar toda forma de curiosidad, luchar contra el interés superficial en las informaciones rápidas, y, sobre todo, buscar siempre de nuevo al Señor, para escucharlo a Él.

El combate en lo que hablamos

San Antonio, estando en el desierto, aprendió a callar. Pero también trataba de cultivar una calma en el corazón, que es un recogimiento interior, una paz que va creciendo, conforme vivimos en un diálogo confiado con Dios y nos centramos totalmente en Él.

En nosotros, que no vivimos en el desierto y estamos confrontados a un río de palabras, todavía no se ha apaciguado ese exceso en el hablar. El primer cuestionamiento que debemos plantearnos, es si por lo menos estamos conscientes de que podemos fallar cuando hablamos.

La Sagrada Escritura describe con mucha precisión este problema:

“Un cualquiera dirá cualquier cosa, el hombre sensato pesa sus palabras. El interior del tonto está todo en su boca; la boca del sabio es también parte de su interior”. (Sir 21,25-26)

Y así nos advierte el Apóstol Santiago en su carta:

“Si alguno no peca de palabra, ése es un hombre perfecto, capaz también de refrenar todo su cuerpo. Si ponemos frenos en la boca

a los caballos para que nos obedezcan, dirigimos todo su cuerpo. Mirad también las naves: aunque sean tan grandes y las empujen vientos fuertes, un pequeño timón las dirige adonde quiere la voluntad del piloto. Del mismo modo, la lengua es un miembro pequeño, pero va presumiendo de grandes cosas. ¡Mirad qué poco fuego basta para quemar un gran bosque! Así también la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad; es ella, de entre nuestros miembros, la que contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, inflama el curso de nuestra vida desde el nacimiento. Ningún hombre es capaz de domar su lengua. Es un mal siempre inquieto y está llena de veneno mortífero. Con ella bendecimos a quien es Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a semejanza de Dios. De la misma boca salen la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así". (St 3,2-6.8-10)

Podríamos seguir citando; pero si somos sinceros, podremos reconocer con cuánta ligereza decimos palabras inapropiadas y cuántas veces hablamos mal de los demás. ¡Esta actitud no podría resistir al examen del amor y de la verdad! Pero no solamente las palabras malvadas son las que disturbán la paz y han sido "encendidas por el infierno". También el exceso de palabras inútiles banaliza el ambiente y mantiene al hombre atado a las insignificancias de este mundo:

"A más palabras, más vanidades. ¿Qué provecho saca el hombre?" (Ecl 6,11)

¡Fijémonos cómo las habladurías en la Iglesia disturbán el recogimiento y ahuyentan el espíritu de oración!

Tenemos que aprender a refrenar nuestras palabras y no soltar todo lo que tengamos en la lengua, sin antes haber reflexionado y orado. Será difícil que crezca y se profundice nuestra vida espiritual si no aprendemos a callar. La palabra debe edificar y consolar a la otra persona, y para que eso suceda, debe proceder de lo profundo, allí donde puede ser formada por el Espíritu del Señor.

Para percibir nuestras habladorías innecesarias, tendremos que prestar mucha atención, pues estamos acostumbrados a hablar mucho, y no rendimos cuentas sobre cómo nos exponemos en nuestro exceso de palabras inútiles.

Y, ¿qué provecho saca el demonio de estos excesos? Bueno, él siempre procura que el hombre permanezca en la esfera superficial de la vida, que no busque el silencio y no aprenda a refrenarse interiormente. En estas circunstancias, el cristiano no es una gran amenaza para el demonio, porque su fe no se hará profunda y su oración no se fortalecerá.

Recordemos que San Antonio libró los grandes combates contra los demonios precisamente estando en el desierto. Allí donde el ruido no nos disturba sin parar; allí donde la lengua calla y el hombre se adentra en sí mismo; allí donde los ojos se apartan de lo que alimenta su curiosidad; allí donde la oración constante se va haciendo hábito... ¡Allí es donde se libran los grandes combates, pues el demonio pierde terreno y desaparecen sus aliados, detrás de los cuales él se esconde!

¡La victoria será del Señor! Si aprendemos a refrenar nuestra lengua, estaremos más armados para los combates espirituales, porque incrementará nuestra vigilancia y nuestra boca podrá pronunciar más fácilmente palabras de amor y de consuelo.

El combate en lo que miramos

También podemos tomar el término “concupiscencia de los ojos”, pues queremos enfocarnos en aquellas tentaciones que nos vienen por medio de la vista.

Estos dones maravillosos que Dios nos ha dado, tanto el de la escucha, como el del habla y el de la vista, pueden ser mal empleados, y convertirse en una puerta de entrada para el Maligno o para lo banal. Sabemos bien cuántas imágenes llegan a nuestros ojos todos los días, y si no las ordenamos y limitamos con prudencia, invadirán todo nuestro interior, hasta el inconsciente. Así, nuestra imaginación estará todo el tiempo activada.

Podemos darnos cuenta que va aumentando más y más la cantidad de imágenes que nos bombardea. En el desarrollo de la cinematografía, podemos notar que la cámara permanece cada vez menos tiempo en una misma escena. Nos trae una imagen tras otra, con lo que se impide la profundización de las impresiones recibidas. ¡La mayor cantidad de imágenes en el menor tiempo posible! ¡He aquí un reflejo del tiempo actual!

Recordemos la historia de la caída en el pecado. La Sagrada Escritura dice que, después de que la mujer había aceptado aquel funesto diálogo con la serpiente, ella vio que *“el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría”* (Gen 3,6).

A través de lo que ven los ojos, fácilmente se despierta la apetencia. Los sentidos exteriores se activan; y cuanto más tiempo se fije la mirada en lo prohibido, tanto más nos cautivarán. Recordemos lo que le sucedió al rey David, cuando no se apartó de la provocadora imagen de la mujer de Urías, que estaba desnuda. No sólo cayó en el pecado de adulterio; sino que también mandó matar a su fiel soldado por causa de su concupiscencia. Todo empezó con la mirada, y después se entregó a su deseo, en lugar de controlar la pasión que se había inflamado (cf. 2Sam II,2-17).

Entonces, ¿cómo nos enfrentaremos al exceso de provocaciones que nos bombardean? ¿Cómo enfrentarnos a las imágenes impuras, que se nos presentan no sólo en los medios, sino también en grandes anuncios y publicidades de todo tipo? ¿Cómo podemos huir de su provocación?

San Charbel de Líbano tomó una resolución radical: estando consciente de la concupiscencia de los ojos, miraba siempre solamente al piso. La mayoría de personas no podrían aplicar esta solución, pero a todos nosotros nos deja un importante mensaje.

¡Los ojos deben cerrarse para todo aquello que podría poner en riesgo nuestra vida espiritual! Tal vez no podamos evitar que nos bombardeen las imágenes a través de nuestros ojos. Pero, con la ayuda de Dios, podemos decidir si permitimos que entren en nosotros, o no.

Aquí podemos aplicar algo similar a lo que habíamos dicho con respecto a la escucha y el habla. Nos decidimos según los criterios de la prudencia cristiana. Debemos identificar y determinar el valor que le damos a cada imagen, y actuar de acuerdo a esa decisión.

Por ejemplo, podemos contemplar detenidamente la Cruz del Señor o una ícono de la Virgen María. Estas imágenes podrán despertar nuestro amor, y su incomparable valor nos hará notar más fácilmente la superficialidad y falta de amor de otras imágenes. Cuanto más centremos nuestros ojos en lo que es verdaderamente bello, tanto menos permitiremos que nuestra mirada se pierda. Pensemos, por ejemplo, en el arte religioso, que puede ser una ayuda para interiorizar la fe. Pero a veces nos encontramos con supuestas obras de arte, incluso en algunas iglesias modernas, que no reflejan más que banalidad.

Debemos enfrentarnos conscientemente al mundo de las imágenes. El Papa Francisco dijo, en una ocasión, que desde hacía muchos años había decidido no ver televisión. ¡De cuántas impresiones inútiles nos podemos librar así!

Todos nosotros tendremos que tomar decisiones de este tipo, si queremos vivir en la plena libertad de los hijos de Dios. Una vez, me contaron la historia de un sacerdote,

cuya mirada había caído sobre una mujer muy bonita. Cuando habló con Jesús sobre esto, el Señor le dijo: “La miraste una vez; no la vuelvas a mirar por segunda vez.” ¡No sé si es una historia real, pero sí nos da una enseñanza!

Si aprendemos a refrenar nuestros oídos, nuestra lengua y nuestros ojos, se fortalece el hombre interior; y estos maravillosos dones de Dios podrán concentrarse en lo esencial. Así, se pueden abrir los oídos interiores, la boca puede pronunciar sabias palabras y los ojos del espíritu se activan.

Entonces, la lucha contra la impureza empieza desde otro punto de partida, con una fuerza interior muy distinta a la que tenemos cuando estamos cautivados en la dispersión de los sentidos.

EL DISCERNIMIENTO DE LOS ESPÍRITUS

En un tiempo en que crece la amenaza anticristiana, es elemental que apliquemos el don del discernimiento de los espíritus, para poder resistir en medio de las crisis. Sin duda es un don que es siempre importante. Sin embargo, en tiempos de relativa paz y seguridad en la Iglesia, cuando el mundo acepta -o al menos no rechaza- las enseñanzas del evangelio, entonces los fundamentos cristianos resultan más naturales, puesto que no están constantemente puestos en tela de duda.

Todo cristiano ha de poseer el don de discernimiento. Podemos distinguir entre un ordinario y un extraordinario discernimiento de espíritus.

En este texto, nos enfocaremos en el ordinario don de discernimiento de los espíritus, que es el que todos debemos cultivar.

1. En el evangelio, el Señor afirma que sus ovejas conocen su voz y le siguen (cf. Jn 10,4). En consecuencia, ellas son capaces de distinguir la voz del Señor de otras voces que les susurren (cf. Jn 10,5). Aprendemos a hacer esta distinción en primera instancia con la lectura de la Sagrada Escritura, tanto en el estudio de la misma como en su meditación e interiorización. Puesto que es Palabra de Dios, ella nos transmite el verdadero conocimiento de Dios, y su Espíritu nos instruye con creciente precisión. La Palabra de Dios nos ha sido dada como instrucción, y ella *“penetra hasta la división entre alma y espíritu (...); y discierne sentimientos y pensamientos del corazón”* (cf. Hb 4,12). Por eso, para la vida espiritual es esencial la

lectura diaria de la Sagrada Escritura, la así llamada “Lectio Divina”. Si guardamos fielmente esta práctica, recibiremos a través de este medio una buena formación en cuanto al discernimiento de los espíritus.

2. En la interiorización de los textos de la Sagrada Escritura y en la oración crece nuestra confianza en el Señor, y la Palabra se va asentando en nuestro corazón. En el Espíritu de Dios, aprendemos a percibir Su voz que habla en nuestro interior, y a seguir Sus impulsos y mociones. Puesto que este Espíritu siempre mueve al bien y advierte del error, se va creando en nuestro corazón un discernimiento interior de los espíritus, que puede llegar a ser muy sutil. Su precisión dependerá de la intensidad de nuestra relación con Jesús.

Pero estos dos criterios mencionados requieren de un tercero, que asegurará que no nos desviemos y caigamos en error: es la ayuda que nos ofrece el auténtico Magisterio de la Iglesia.

3. En el Magisterio de la Iglesia escuchamos la voz de Dios. Él nos concedió este don para que no erremos en las cuestiones fundamentales de la fe. Hemos de confiar y aferrarnos en fe a los dogmas de la Iglesia y a sus enseñanzas de carácter vinculante. Ellos serán la medida para el desarrollo de una verdadera vida interior, así como para la práctica pastoral en la Iglesia. Si se distinguen cosas contrarias al Magisterio de la Iglesia en la vida interior de los fieles o en los

consejos espirituales que reciben, entonces el espíritu de discernimiento, instruido por sus enseñanzas, nos hará reconocer que algo se encuentra fuera del orden establecido por Dios y que, en consecuencia, debe ser corregido.

4. Por tanto, en la aplicación adecuada del discernimiento de los espíritus debe existir una armonía entre aquello que conocemos por la Sagrada Escritura, entre la voz de Dios que nos habla al corazón y entre las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia. Nuestra razón podría asumir una función de control adicional sobre estos campos, pues aunque la voz de Dios trasciende la razón humana a causa de su carácter sobrenatural, jamás será irracional. De la misma forma como la fe y sus principios pueden ser transmitidos al entendimiento, el don de discernimiento también se transmite fundamentalmente a este. De esta forma, la razón podrá comprender las motivaciones, o, al menos, podrá descartar que sean irracionales. Conviene aclarar que la razón necesita de la fe para dejar actuar al espíritu de discernimiento.

Causas del debilitamiento del Espíritu de discernimiento

1. Oscurecimiento del discernimiento por el pecado grave

El don del discernimiento de los espíritus sufre una gran decadencia -e incluso puede llegar a extinguirse por completo- cuando vivimos en pecado y no queremos salir de ese estado. La luz del Espíritu Santo, que es la que nos otorga el discernimiento, se va opacando cada vez más; el corazón se cierra, y se extiende la ceguera en el espíritu. Por ello nos hacemos incapaces de ver las cosas a la luz de Dios. Con el paso del tiempo, ni siquiera queremos mirarlas en esa luz; sino que nos instalamos en el estado de pecado. En el peor de los casos, empezaremos a dar nuestro “sí” al pecado y a justificarlo, de manera que la ceguera se completa y el maravilloso don del discernimiento termina totalmente extinto.

2. Disminución del discernimiento de los espíritus por las imperfecciones voluntarias

Por el cúmulo de imperfecciones voluntarias también se debilita el don del discernimiento. Aunque la luz del Espíritu Santo no desaparece del todo, se va perdiendo cada vez más la fuerza interior del alma. De acuerdo con las palabras de San Juan de la Cruz, podemos decir que la permanencia en una imperfección voluntaria no permite que el alma vuele hacia Dios. Esto sucederá tanto más si son muchas las imperfecciones que toleramos deliberadamente en nosotros, sin luchar para vencerlas. Puesto que el don del discernimiento se aplica también a

nuestra vida interior, escucharemos cada vez menos la voz del Espíritu Santo que nos advierte. De esta manera, también nos resultará menos claro el discernimiento de los espíritus en lo que respecta a lo exterior a nosotros. Así, fácilmente nos enlazaremos con aquel espíritu que busca relativizar la radicalidad del seguimiento de Cristo.

3. Disminución del don de discernimiento por una desordenada cercanía al mundo

El camino de seguimiento de Cristo, así como los dones que Dios nos otorga, requieren del cuidado de la vida espiritual. Considerando que los cristianos vivimos en el mundo sin pertenecer a él, es importante que nuestra forma de pensar se adapte al Espíritu de Dios, y no al espíritu del mundo. Jamás podemos cerrar los ojos ante el hecho de que hemos sido debilitados por el pecado original y por nuestros pecados personales, de manera que nuestra forma de pensar y actuar ha de ser examinada a la luz del Espíritu Santo. El pensamiento del mundo evade tal evaluación; por eso no podemos adaptarnos a él. Para llevarle al mundo el mensaje del evangelio, se necesita de una distancia interior frente a él, que resulta de la profunda relación con Dios. Si no miramos críticamente al mundo, se disminuirá nuestro discernimiento de los espíritus. También en la Iglesia existe el peligro de que se tomen decisiones guiadas por criterios más mundanos que espirituales.

Aunque es cierto que la Iglesia puede aportar a la mejora de la situación del mundo, su primera misión es siempre la

del anuncio del evangelio y la salvación de las almas. Si se pone el enfoque en el primer aspecto, la Iglesia se ‘mundanizará’ más y más, perdiendo progresivamente el discernimiento de los espíritus, que es su tarea en este mundo.

4. Oscurecimiento del don de discernimiento a causa de ataduras interiores y pasiones irrefrenadas

Para hacer uso del don de discernimiento de los espíritus, se requiere de la libertad interior. Si tenemos apegos desordenados hacia ciertas personas o estamos dominados por nuestras pasiones, se limita nuestra capacidad de hacer un claro discernimiento. En caso de que tengamos un apego a una persona, trataremos de ser considerados con ella, de manera que perdemos la fuerza de juicio. Pongamos un ejemplo: si yo tengo una relación cercana y emocional con una persona que practica la homosexualidad, puede sucederme que ya no tenga la suficiente distancia para discernir su situación de vida desde la perspectiva de Dios. Así, se manifiesta un apego emocional, que me hace incapaz de tomar en cuenta la dimensión trascendental de la otra persona; de manera que mi posicionamiento y discernimiento ya no son claros.

Algo similar sucede cuando estamos dominados por pasiones desordenadas. Puesto que éstas merman nuestra libertad interior, puede suceder que empecemos a relativizar o minimizar sus consecuencias, tanto en nosotros mismos como en los demás. Por tanto, no podemos tener un claro juicio al respecto.

5. Oscurecimiento del don de discernimiento por una carente búsqueda de la verdad

Frecuentemente, sucede que las personas no se cuestionan ante Dios acerca de la veracidad de una situación. Se teme que la verdad podría ser “demasiado dura” e inmediatamente se trata de justificar la situación en nombre de una falsa misericordia. En este caso, se confunde la misericordia con una falsa compasión. En el fondo, se tiene una falsa imagen de Dios. Por el temor de encontrarnos con un Dios castigador o por el miedo de que los demás nos consideren “demasiado rígidos”, ya no discernimos la situación a la luz de Dios. Bajo estas limitaciones no puede desarrollarse el don del discernimiento, pues la búsqueda de la verdad es una condición indispensable para llegar a un recto conocimiento.

6. Oscurecimiento del don de discernimiento por la ‘ideologización’ de la fe y por el engaño de los demonios

El don del discernimiento de los espíritus sufre un enorme debilitamiento -por no decir que se extingue del todo- a causa de la ‘ideologización’ de la fe. Esto es lo que sucede, por ejemplo, en la teología de la liberación, que toma ciertos conceptos y contenidos de la fe cristiana, sacándolos fuera de contexto, para ponerlos al servicio de la ideología marxista. No se mantiene el valor de la fe como

tal, sino que se la enajena de sí misma, y se la utiliza para una ideología. De este modo, se tiene una visión parcial y selectiva del evangelio, aparte de deformar los conceptos evangélicos. Esta actitud, a su vez, impide recibir el conocimiento que sólo Dios puede dar, lo que es imprescindible para el don del discernimiento.

Algo similar sucede en una teología ideológicamente feminista, así como en todas aquellas corrientes teológicas que sucumben en los peligros de la ideologización a causa de la falta de discernimiento. La ideología en sí misma tiene errores, pues es un constructo humano. Estos errores han de ser identificados y purificados, para poder descubrir los elementos valiosos y correctos que están entremezclados en la ideología. Esto mismo sucede con todos los errores, que pueden ser disueltos únicamente a través del discernimiento de los espíritus.

Tampoco se puede obviar la influencia de los demonios, que se valen de las ideologías para difundir entre los fieles doctrinas ajenas o contrarias a la fe. El influjo de los demonios se sirve de aquella “falsa luz” procedente de la ideología, con la que se aniquila casi por completo el don de discernimiento que hemos recibido.

En general podemos decir que el don del discernimiento de los espíritus se activará solamente a través de la vigilancia espiritual y de una profunda relación con Cristo, aferrados a sus enseñanzas, que nos han sido transmitidas tanto por la Sagrada Escritura como por el auténtico Magisterio de la Iglesia. El don del discernimiento florece

en un serio camino de seguimiento de Cristo; mientras que nuestra capacidad de juicio se debilita cuando descuidamos la relación con Dios, haciéndonos susceptibles de caer en el error.

He tratado este tema porque resulta particularmente necesario en la actualidad. En un tiempo en que muchas cosas tambalean, y aun en la Iglesia se elevan voces, incluso desde altas posiciones eclesiales, proclamando enseñanzas ajenas a la fe sin ser corregidas, es importante que tengamos a nuestra disposición el discernimiento de los espíritus, como un don que nos ha sido concedido por Dios. ¡Ojalá nos sirvan como ayuda las reflexiones que hemos hecho acerca de este tema!